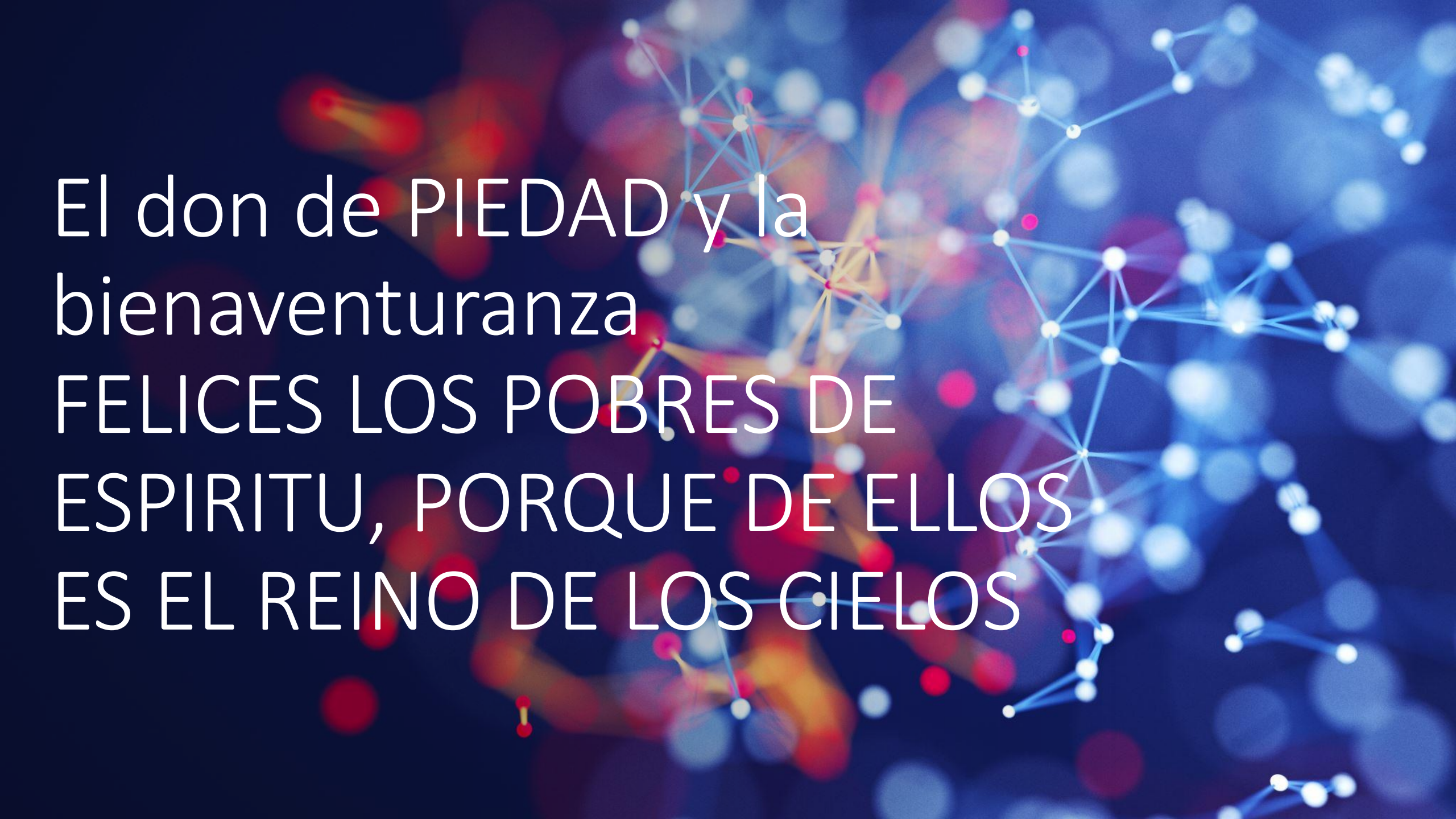




Encuentros para profundizar y compartir la fe

11 DE SEPTIEMBRE DE 2020



El don de PIEDAD y la
bienaventuranza
FELICES LOS POBRES DE
ESPIRITU, PORQUE DE ELLOS
ES EL REINO DE LOS CIELOS



Juego del diccionario

Acmé:

Piedad:

ROMEREPORTS.COM



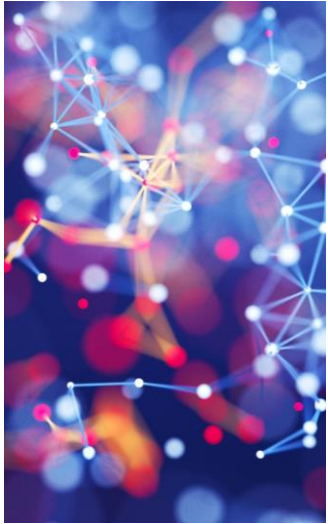
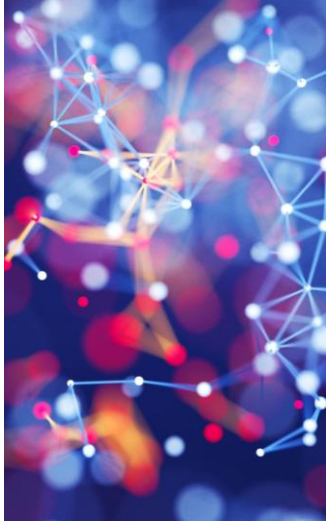
Felices los pobres

¡Ver que nos miran de barro y
adentro guardamos cielo!
¡Saber que nos sienten piedra,
y seguir siendo Silencio...!
Atahualpa Yupanqui

Algo que voy descubriendo con dolor es que Dios y su presencia en nuestras vidas es algo muy frágil y delicado que podemos perder o desterrar sin percibirlo. Los que tienen el corazón más abierto a Dios en las comunidades de mi parroquia son aquellos que son más pobres. Y esto lo experimento con frecuencia en las comunidades más pobres que tienen una profunda apertura hacia Dios y también hacia los demás. Y en los lugares donde ya han llegado algunas comodidades, y distracciones, Dios comienza a ser corrido de lugar, empieza a ser desterrado. Pensiones que empiezan a ser cobradas, gastadas luego en televisores, equipos de música, consumo de cosas que antes nunca se habían tenido y que van cautivando, encandilando el alma, y la van llenando con otras cosas. Algo así de la chatarra que decíamos antes...

Obviamente que esto no significa atacar el progreso, ni oponernos al mismo, sino más bien, dar un lugar justo y adecuado para cada cosa, no permitiendo que las comodidades nos encandilen, que las “seguridades” que nos brinda el progreso terminen por apagar en el alma el deseo innato de Dios.

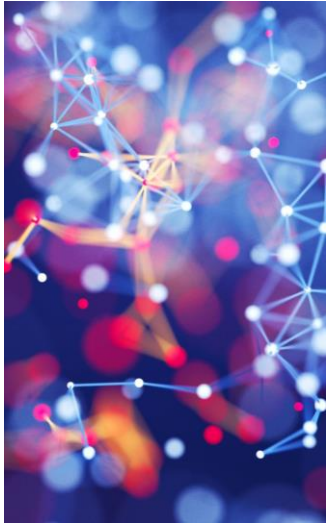
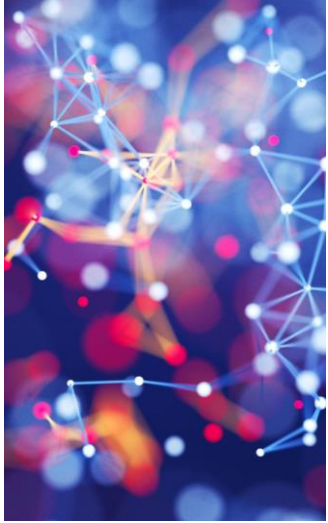




Por eso, el elogio de los pobres, y de su mundo, no puede surgir de una ideología clasista, ni de un resentimiento, ni de una dialéctica divisoria que no hace más que oponer, confrontar y no poner soluciones de base a los problemas de fondo.

Sino que viene de una doble certeza evangélica: Dios los eligió a ellos por pura gratuidad y no porque sean mejores que nadie, y, en segundo lugar porque la pobreza material invita con más facilidad a levantar la mirada a Dios y confiar sólo en él. Es verdad que vivir con los pobres, junto con ellos, también tiene sus dificultades, sus luchas; sin embargo, uno va descubriendo esa riqueza que es tener solamente a Dios. Y a su vez interpela nuestro estilo de vida, nuestras seguridades, nuestras comodidades que de a poco van desplazando a Dios, o por lo menos, dejándolo para después. Pobreza que nos hace no mirar tanto lo que tenemos o lo que podemos, sino que nos hace confiar más plenamente en Dios, nuestra única riqueza, nuestro único sostén, nuestra única herencia (cfr Sal 15)...

Qué renovadores son los días de la fiesta de Huachana, cómo nos llena de vida visitar un santuario, estar disponible para escuchar a los peregrinos que vienen. Los santuarios son lugares de súplica, donde el hombre abre su corazón pobre y desgarrado ante Dios para pedirle por sus necesidades más básicas y vitales: el pan, el trabajo, la salud, la paz interior, la unidad familiar, la reconciliación, el fin de un vicio (ajeno o propio): es decir, el corazón roto del hombre de rodillas, frente a la misericordia de Dios. Corazones rotos que no se avergüenzan de presentarse como tales. Por eso, en los santuarios muchísima gente también recurre al sacramento de la reconciliación, porque no se avergüenzan de ser pobres y de reconocerse pecadores frente a Dios. Sacramento que en otros ambientes, según mi punto de vista muy limitado, se va devaluando cada vez más. ¿La causa? A mi humilde entender, porque somos hijos de nuestra época.



Se nos machaca por izquierda y por derecha que lo importante es tener, es poder, es ser exitosos, si hay heridas o debilidades, por lo menos que no se noten.

Si apenas son asumidas como propias, menos van a ser reconocidas delante de otro, y de Otro...

Por eso, el único camino de salvación es la Cruz, en todo sentido. El único camino de salida para esta situación de autosuficiencia será la presencia de algún tipo de cruz que siempre nos saldrá al paso, y que, si sabemos vivirla bien, nos encarrilará en el reconocimiento de nuestra radical impotencia, nos hará caer rostro en tierra y elevar nuestras manos suplicantes al único Omnipotente. Sólo en la Cruz descubriremos el verdadero rostro de Dios, al estilo de Job que antes conocía sólo de oídas a Dios, y luego de la carencia por la que pasa y al derrumbarse sus seguridades, ahora sus ojos lo han visto cara a cara (Jb 42, 5).

Pido perdón por anticipado a los hinchas del equipo de fútbol River Plate que hoy descendió a la B (Argentina, 26 de junio 2011) por lo que voy a decir. A pesar del dolor respetable de muchos, sin embargo, creo que hoy es un gran día, donde todos podemos aprender de este signo de los tiempos. Que un equipo poderoso fracase, nos puede dar una lección única en la historia: el fracaso forma parte de la vida. Fracasar, perder, descender, es parte de la vida real en la que vivimos y no de los sueños que de ella nos hemos hecho. Tocar fondo, probar nuestro fracaso, nos ayuda a todos a incorporar el fracaso como parte de la vida, nos ayuda a ser más humildes, nos ayuda a entender a los que hace tiempo no pueden “asomar la cabeza”, nos ayuda a compartir la suerte de tantos “desterrados” de la historia, que sienten como algo común y como un estado permanente de tono vital, lo que nosotros gustamos de a ratos, o lo que pueden experimentar ahora los hinchas de River. Siguiendo un poco las noticias de esta semana que pasó, fuimos testigos de la resistencia interior que le hacemos al sentimiento de pérdida. Nadie quiere ser perdedor, nadie quiere gustar la derrota...



Pero en un mundo tan exitista y exigente, es bueno descubrir que se puede seguir con la vida normal de todos los días, con un fracaso a costas o sintiéndonos perdedores. Y pensar que esto es sólo un juego, pero en la vida hay muchos “perdedores” al margen del sistema, muchos marginados, que realmente no cuentan, y que nunca han sentido el “sabor” de la victoria.

Esto nos puede ayudar a pensar la historia y los protagonistas de ella desde otra perspectiva, comenzando por los de abajo, mirando con sus ojos y desde sus ojos...

Y podríamos seguir analizando todo lo que nos dejó esta semana de imágenes, de preguntas: ¿puede más el deseo de victoria que el amor al propio club?, ¿tanto miedo le tenemos al qué dirán, a las burlas del equipo contrario que nos da tanto terror perder?. Ante la adversidad, en vez de apoyar al equipo, ¿puede más nuestra ambición de ganar a toda costa, aunque sea a través de sobornos, amenazas, amedrentamientos, y la rienda suelta a la violencia desmedida sin medir sus consecuencias? ... Creo que las situaciones límites de las que hemos sido testigos en esta semana evidencian rasgos de nuestra sociedad y de nuestro corazón, nos ayuda a comprendernos mejor como personas, incluso pueden ser un buen acicate para cambiar y ser mejores.

Podés leer más del libro en:

<https://docplayer.es/74688706-Editorial-claretiana.html>

Para reflexionar

¿qué me llamó la atención
del texto?

¿Qué aporta a mi vida las intuiciones
que tiene el Padre Juan Ignacio sobre la pobreza?

¿Cuándo veo en mi vida que tengo
“alma de pobre”?

¿qué relación tiene el don de piedad
con tener alma de pobre?





No es malo poseer cosas. Lo que está mal es que las cosas nos posean a nosotros. La pobreza tiene más que ver con una apertura a Dios que nos ubica en nuestro ser creaturas que con no tener nada. Puede tener pocas cosas y estar atado a ellas.

Ver grandes caer no es motivo de alegría, es oportunidad para ver que el único grande es Dios.

Evangelio según San Lucas (Lc 1,46-55)

María dijo entonces: «Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador, porque el miró con bondad la pequeñez de tu servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso he hecho en mí grandes cosas: ¡su Nombre es santo! Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre».





La Virgen canta lo grande que es Dios y las cosas grandes que hace en nuestra vida. Siendo elegida para ser Madre del Salvador , la Virgen no se mira a ella misma, sino la obra de Dios que hace en ella. Es capaz de ver el paso de Dios por su vida y volver su cara a Él. Para poder reconocer esto, hace falta estar vacío interiormente. No en el sentido de ser superficial, sino en el sentido de dejar vía libre para que Dios trabaje. “Dejar a Dios ser Dios es tener alma de Pobre” y tener alma de pobre es un don que eleva nuestra mirada a Dios y eso es la piedad.



*Para reflexionar
esta semana:*

¿Qué cosas, como la Virgen, proclama tu corazón? ¿Cuáles han sido las obras de Dios en tu vida?